



Título original: *Mrs Dalloway*

© 2026, de la traducción por Andrés Prieto Fernández

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87788-81-0

DL: B 4.765-2026

Diseño de interiores:

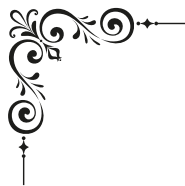
David Pablo

Composición:

Kim Amate

Impreso en junio de 2026 en  Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



VIRGINIA WOOLF

LA SEÑORA DALLOWAY

TRADUCCIÓN DE ANDRÉS PRIETO FERNÁNDEZ



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

La señora Dalloway dijo que ella misma compraría las flores.

Lucy ya tenía trabajo suficiente. Los hombres de Rumpelmayer tenían que ir a desmontar las puertas. Y, además, pensó Clarissa Dalloway, qué mañana: como recién hecha para los niños en la playa.

¡Qué estallido de vida! ¡Qué plenitud! Porque esa era la sensación que había tenido siempre cuando, con el leve chirrido de las bisagras como el que ahora mismo oía, abría de golpe las ventanas francesas y se zambullía de lleno en Bourton, en el aire del campo. Qué frescor, qué calma la del aire a primera hora de la mañana, más que en este momento, sin duda; como el embate de una ola, como el beso de una ola, frío y brusco, y, sin embargo (para una chica de dieciocho años, como tenía ella por entonces), solemne, sintiendo como sentía, en pie ante la ventana abierta, que estaba a punto de suceder algo terrible; mirando las flores, los árboles y el humo que se enroscaba a su alrededor y las cornejas que remontaban el vuelo y descendían; allí plantada observando hasta que Peter Walsh dijo: «¿Meditando entre las verduras?» –¿fue eso?–. «Prefiero a los hombres antes que a las coliflores» –¿fue eso?–. Debió de decirlo una mañana a la hora del desayuno, cuando ella había salido a la terraza... Peter Walsh. Tenía que volver de la India un día de estos, en junio o en julio, no lo recordaba bien,

porque las cartas que él le escribía eran terriblemente aburridas; se acordaba de las cosas que decía; sus ojos, el cor-taplumas, la sonrisa y la displicencia, y, cuando se habían desvanecido del todo millones de cosas –¡qué raro!–, unas cuantas frases como esa sobre las coles.

Se quedó plantada en la acera, esperando a que pasara la camioneta de Durnall. Scrope Purvis (que la conocía como se conoce en Westminster a los vecinos de al lado) la consideraba una mujer encantadora, con un cierto aire de pá-jaro, un arrendajo verdiazul, delicada, vivaz, pese a tener más de cincuenta años y haber encanecido desde la enfer-medad. Allí enhiesta, sin verlo, esperando para cruzar la calle, muy tiesa.

Porque, habiendo vivido en Westminster –¿hacía cuán-tos años ya?, ¿más de veinte?–, Clarissa estaba convenci-da de que incluso en medio del tráfico, o al despertarse en mitad de la noche, se notaba un silencio o una solemnidad especial; una pausa indescriptible; una incerteza (pero eso tal vez era su corazón, afectado, según decían, por la gripe) antes de que sonara el Big Ben. ¡Ahora! Ya retumbaba. Pri-mero, un aviso, musical; después, la hora, irrevocable. Los círculos de plomo se disolvían en el aire. ¡Qué locos que estamos!, pensaba mientras cruzaba Victoria Street. Por-que solo Dios sabe por qué razón la llegamos a amar tanto, la veamos como la veamos, inventándola, construyéndola a nuestro alrededor, derruyéndola y volviéndole a crear en cada momento; pero incluso las mujeres más achaco-sas, los desgraciados más deprimidos que se sientan en los escalones (bebiéndose su ruina) hacen lo mismo; ninguna ley parlamentaria, estaba convencida, puede hacerles cam-biar por esta sencilla razón: amamos la vida. En los ojos de la gente, el balanceo, el paso firme y la zancada; en el jaleo y el bullicio; en los carros, los automóviles, los ómnibus; en las camionetas, los hombres anuncio que arrastran los

píes y se balancean; en las bandas de metales; en los organillos; en la alegría, el tintineo y el extraño sonido agudo de un aeroplano que sobrevolaba estaba lo que ella amaba: la vida, Londres, ese momento del mes de junio.

Porque era mediados de junio. La guerra había acabado, salvo para alguien como la señora Foxcroft, que la noche previa se consumía de dolor en la embajada porque aquel chico tan encantador había muerto y ahora la vieja casa solariega tiene que recaer en manos de un primo; o como lady Bexborough, que había inaugurado una feria de beneficencia, decían, cuando todavía tenía en las manos el telegrama que le anunciaba que John, su preferido, había muerto; pero la guerra había acabado, gracias a Dios..., acabado. Era junio. El rey y la reina estaban en palacio. Y por todas partes, pese a ser todavía tan pronto, se oía el latido y la agitación de los caballos al galope y los bateos del críquet; los campos de Lord's, Ascot, Ranelagh y todos los demás envueltos en la suave malla del aire azul grisáceo de la mañana, que, a medida que avanzase el día, iría soltando, para que ocupasen sus lugares en el césped y los campos de críquet, los dinámicos caballos que se enardecían en cuanto tocaban el suelo con las patas delanteras, los jóvenes que daban vueltas y las chicas risueñas con muselinas transparentes que, incluso a aquella hora, después de bailar toda la noche, sacaban a pasear a sus absurdos perros lanudos; e incluso en ese momento, en esa hora, viejas viudas discretas salían con sus automóviles en misteriosas misiones; y los tenderos se asomaban a los escaparates para poner los diamantes buenos y la bisutería, las bonitas agujas de color verde mar y las monturas del siglo XVIII con las que tentar a los norteamericanos (pero hay que ahorrar, no comprar objetos precipitadamente para Elizabeth), y también ella, que adoraba todo eso con una pasión absurda y fiel, que era parte de ella porque sus familiares habían sido

cortesanos en la época de los Jorges, también ella, aquella misma noche, resplandecería y deslumbraría en su fiesta. Pero qué extraño, al entrar en el parque, el silencio; la niebla; el zumbido; los felices patos nadando poco a poco; las aves panzudas meneando el cuello; y quién era el que se acercaba, con los edificios del gobierno a su espalda, como era lo apropiado, y provisto con una cartera con el escudo real, quién sino Hugh Whitbread; su viejo amigo Hugh, ¡el admirable Hugh!

—¡Que tengas buen día, Clarissa! —dijo Hugh, con cierta desmesura, pues se conocían desde pequeños—. ¿Adónde vas?

—Me encanta caminar por Londres —dijo la señora Dalloway—. Es incluso mejor que pasear por el campo.

Los Whitbread habían ido a Londres —por desgracia— a ver a los médicos. Otra gente iba al cine; a la ópera; para que sus hijas viesan mundo; pero ellos iban «a ver a los médicos». Clarissa Dalloway había ido a visitar infinidad de veces a Evelyn Whitbread a una clínica de reposo. ¿Es que Evelyn volvía a estar enferma? Hugh dijo que Evelyn estaba decaída, insinuando, con un mohín de los labios o una inclinación del cuerpo ligeramente achaparrado, viril, extremadamente atractivo y bien vestido (siempre iba un poco demasiado bien vestido, pero seguramente estaba obligado a ir así, dado el cargo que ocupaba en la corte), que su mujer tenía una afección interna, nada grave, que Clarissa Dalloway, como la vieja amiga que era, entendería perfectamente sin necesitar más concreción. Sí, claro que lo entendía; qué incomodidad; y se sintió muy identificada con ellos y a la vez extrañamente consciente de su sombrero. Seguro que no era el sombrero adecuado para primera hora de la mañana, ¿verdad? Porque Hugh siempre la hacía sentir así, cuando estaba ajetreada, quitándose el sombrero con desmesura y asegurándole que parecía

que tuviera dieciocho años, y que evidentemente acudiría a su fiesta por la noche, que Evelyn había insistido tanto, lo único es que tal vez llegaría un poco tarde porque tenía que llevar a uno de los chicos de Jim a la fiesta de palacio; siempre se sentía un poco en falso al lado de Hugh, como una colegiala; pero le tenía gran estima, en parte porque lo conocía desde pequeño, y también porque le parecía que a su manera era un buen hombre, aunque a Richard lo sacaba de quicio y, por lo que atañía a Peter Walsh, hasta el día de hoy seguía sin perdonarle que lo mirase con tan buenos ojos.

Clarissa podía recordar una escena tras otra en Bourton: Peter furioso; Hugh, por supuesto, no estaba a su altura en ningún aspecto, pero no era tan absolutamente imbécil como él lo percibía; ni tampoco un cabeza hueca. Cuando su madre, ya mayor, le pedía que dejase de salir a cazar o que la llevase a Bath, él la complacía sin rechistar; no era nada egoísta y, en cuanto a decir, como hacía Peter, que no tenía ni corazón ni cerebro, tan solo la educación y las maneras de un caballero inglés, era solo una muestra de la peor cara de su querido Peter; y Peter podía ser intolerable; podía ser imposible; pero era adorable para pasear una mañana como esta en su compañía.

(Junio había llenado los árboles de hojas. Las madres de Pimlico daban de mamar a sus bebés. Se intercambiaban mensajes entre la Flota y el Almirantazgo. Arlington Street y Piccadilly parecían contagiar dinamismo al aire del parque y restablecer con el calor las hojas de los árboles en olas brillantes de aquella vitalidad divina que tanto le gustaba a Clarissa. Bailar, montar a caballo, ¡cómo le había gustado todo eso!).

Porque Peter y ella podían estar cientos de años separados; ella nunca le escribía cartas y las de él no podían ser más secas; pero de repente pensaba: y si ahora estuviera

aquí conmigo, ¿qué diría? Algunos días, algunas imágenes hacían que lo recordase con serenidad, sin la antigua amargura, algo que tal vez era una recompensa por haber amado, le venían a la mente en mitad de Saint James Park una maravillosa mañana –¡claro que le venían!–. Pero Peter –por muy espléndido que fuese el día, y los árboles y el césped, y la niña vestida de rosa–, Peter no veía nunca nada de esto. Se ponía las gafas si ella le decía que se las pusiese; y entonces miraba. Era el estado del mundo lo que le interesaba; Wagner, la poesía de Pope, las características eternas de la humanidad y los defectos de su espíritu. ¡Cómo la reñía! ¡Cómo discutían! Ella se casaría con un primer ministro y recibiría a los invitados desde lo alto de una escalera; la anfitriona perfecta, le decía que era (¡cómo había llorado ella en su habitación por ese comentario!), que tenía los atributos de la anfitriona perfecta.

Así pues, volvía a encontrarse discutiendo en Saint James Park, convenciéndose una vez más de que había hecho bien –y era verdad– al no casarse con él. Porque en el matrimonio debía existir un poco de libertad, un poco de independencia entre dos personas que vivían juntas día tras día en la misma casa, como la que le concedía Richard a ella y ella a él. (¿Dónde estaba él aquella mañana, por ejemplo? En una u otra comisión, nunca se lo preguntaba). En cambio, con Peter todo tenía que compartirse, todo tenía que analizarse. Era intolerable y, cuando se produjo aquella escena en el jardincito al lado de la fuente, tuvo que romper con él, porque se habrían destruido, ambos habrían naufragado, estaba convencida de ello; aunque durante años había tenido clavados en el corazón como una flecha el dolor y la angustia; ¡y después el horror del momento en que alguien le dijo en un concierto que él se había casado con una mujer que había conocido en el barco de camino a la India! ¡Nunca olvidaría aquello! La acusó de fría, de insensible, de

puritana. Le dijo que ella nunca podría llegar a entender cómo la quería. En cambio, aquellas indias –simples, monjas, bobas sin seso–, ellas sí que lo entendían. Y que no hacía la menor falta que lo compadeciese. Porque era feliz, le aseguraba, completamente feliz; aunque no había hecho nada de todo lo que habían hablado; toda su vida había sido un fracaso. Y eso, a ella, todavía la irritaba.

Había llegado a las puertas del parque. Se detuvo un momento a mirar los ómnibus de Piccadilly.

Ya no se atrevería a decir jamás de nadie del mundo que era tal cosa u otra. Se sentía muy joven y a la vez indescribiblemente vieja. Hundía un cuchillo en las cosas; al mismo tiempo se mantenía fuera, observando. Tenía la incesante sensación, mientras miraba los taxis, de estar fuera, lejos, muy lejos, mar adentro y sola; siempre había tenido la impresión de que vivir era muy muy peligroso, aunque fuese un solo día. No es que creyese ser inteligente ni demasiado fuera de lo normal. No era capaz de entender cómo había podido ver con las briznas de conocimiento que había recibido de Fräulein Daniels. No sabía nada, ni lengua ni historia; no leía prácticamente nunca un libro, salvo memorias en la cama; pero todo le resultaba absolutamente fascinante, todo esto, los taxis que pasaban; y no diría de Peter, como no diría de sí misma, yo soy esto, yo soy aquello.

El único don que tenía era conocer a la gente casi por instinto, pensaba mientras caminaba. Si la metías en una habitación con alguien, se le erizaba el lomo como a un gato o ronroneaba de satisfacción. Devonshire House, Bath House, la casa con la cacatúa de porcelana: todas las había visto iluminadas en alguna ocasión; y recordaba a Sylvia, Fred, Sally Seton, a una gran cantidad de gente; y bailar toda la noche; y los carros que se dirigían al mercado; y volver a casa a través del parque. Recordaba que una vez había tirado un chelín al Serpentine. Pero todo el mundo recordaba;

lo que le apasionaba a ella era esto, aquí, ahora, lo que tenía delante; la mujer gorda del taxi. ¿De verdad importaba –se preguntó dirigiéndose hacia Bond Street–, de verdad importaba que ella tuviese que dejar de existir; que todo aquello tuviese que continuar sin ella?; ¿no era más bien un consuelo creer que todo se acababa con la muerte?, pero en cierta manera, en las calles de Londres, en el flujo y el reflujo de las cosas, aquí y allá, ella sobrevivía, Peter sobrevivía, vivían el uno en la otra, ella formando parte, estaba segura de ello, de los árboles de su casa; del edificio de allí, feo como era y que se caía a trozos; formando parte de personas que nunca había conocido; suspendida como la niebla entre las personas que conocía mejor, que la sostenían entre sus ramas como había visto que los árboles sostenían la niebla, aunque su vida, ella misma, se extendía siempre más allá. Pero ¿en qué soñaba mientras miraba el escaparte de la librería Hatchards? ¿Qué intentaba recuperar? Qué imagen de un amanecer blanco en el campo, mientras leía en el libro abierto:

*No debes temer más el calor del sol;
ni, en el invierno, las ráfagas del viento*¹.

Esta última época de la experiencia del mundo había generado en todos, hombres y mujeres, un torrente de lágrimas. Lágrimas y penas; valor y resistencia; un porte perfectamente honorable y estoico. Como, por ejemplo, el de la mujer que ella más admiraba, lady Bexborough, inaugurando la feria de beneficencia.

En la vitrina estaba *Excursiones y exaltaciones de Jarrocks*, *Soapy Sponge*, unas memorias de la señora Asquith y un

¹ Estos versos pertenecen a *Cimbelino*, comedia de William Shakespeare. (N. del T.)

volumen sobre la caza en Nigeria, todos abiertos de par en par. Había muchos libros, pero ninguno de ellos parecía el adecuado para llevárselo a Evelyn Whitbread a la clínica. Nada que sirviese para distraerla y conseguir que aquella mujer pequeña e indescritiblemente reseca pareciese cordial durante un instante cuando entrase Clarissa, antes de que se pusiesen a enhebrar la lista normalmente inacabable de las afecciones femeninas. Cómo lo deseaba, que la gente se mostrara complacida cuando la veía entrar, pensó Clarissa, y se giró para volver hacia Bond Street, enojada, porque era estúpido tener otras razones para hacer las cosas. Habría preferido ser una de esas personas, como Richard, que hacían las cosas porque debían, mientras que ella, pensaba mientras esperaba para cruzar, la mitad del tiempo no hacía las cosas sencillamente porque debiera sino para que la gente pensase eso o aquello; una absoluta idiotez, lo sabía (y en ese momento el policía levantó la mano) porque nunca nadie se dejaba engañar ni siquiera un instante. ¡Oh, si pudiese volver a empezar la vida!, pensó subiendo a la acera, ¡incluso habría podido tener un físico diferente!

Para empezar, habría sido morena como lady Bexborough, con la piel de la cara como de cuero rugoso y unos ojos preciosos. Habría sido, como lady Bexborough, lenta y majestuosa; más bien gorda; interesada en la política como un hombre; propietaria de una casa de campo; muy digna, muy sincera. En vez de eso, era flaca como un palo y tenía una cara ridícula, con un pico como el de un pájaro. El porte era bueno, eso sí; y tenía unas manos y unos pies bonitos; e iba bien vestida, teniendo en cuenta que gastaba muy poco. Pero ahora, muy a menudo, parecía que este cuerpo suyo (se detuvo a mirar un cuadro holandés), este cuerpo, con todas sus facultades, no era nada... nada en absoluto. Tenía la extraña sensación de ser invisible; de pasar desapercibida; de

que nadie la conocía; ya no tenía más matrimonios ni hijos en perspectiva, sino tan solo aquel avance sorprendente y más bien solemne con el resto de la gente, Bond Street hacía arriba; y eso era ser la señora Dalloway, ni siquiera Clarissa, sino la señora de Richard Dalloway.

Bond Street la fascinaba; Bond Street a primera hora de la mañana en plena temporada; con las banderas desplegadas; las tiendas; sin ostentación, sin resplandor; una prenda de *tweed* en la tienda donde su padre había comprado la ropa durante cincuenta años; unas cuantas perlas; salmón sobre un bloque de hielo.

—Eso es todo —dijo mirando el escaparate de la pescadería—. Eso es todo —repitió deteniéndose ante una tienda de guantes donde, antes de la guerra, podían comprarse unos guantes prácticamente perfectos.

Su viejo tío William solía decir que a una dama se la reconocía por los zapatos y los guantes. Una mañana, en plena guerra, el tío se había dado la vuelta en la cama y había dicho: «Ya he tenido suficiente». Guantes y zapatos; le apasionaban los guantes; pero a su hija, a su Elizabeth, ambas cosas le importaban un comino.

«Un comino», pensó subiendo por Bond Street hasta la tienda donde encargaban las flores cuando tenía que dar una fiesta. Elizabeth se preocupaba por su perro más que por cualquier otra cosa. Por la mañana toda la casa olía a alquitrán. Sin embargo, valía más el pobre Grizzle que la señorita Kilman; ¡valía más el moquillo y el alquitrán y todo el resto que pasarse el santo día confinada en una habitación poco ventilada con un libro de oraciones! Más valía cualquier cosa, estaba tentada de decir. Pero, como decía Richard, tal vez era solo una fase, una de las fases que atraviesan todas las chicas. Tal vez se había enamorado. Pero ¿por qué de la señorita Kilman? De acuerdo con que a aquella mujer la habían maltratado; eso había que

reconocérselo, y Richard consideraba que era muy capaz, que de verdad tenía buena cabeza para la historia. En cualquier caso, eran inseparables, y Elizabeth, su hija, acudía a comulgar; y de cómo se vestía y cómo debía tratar a los invitados a cenar, de eso no se preocupaba en lo más mínimo, y Clarissa sabía por experiencia que el éxtasis religioso (como también las grandes causas) volvía a la gente cruel; embotaba los sentimientos, porque la señorita Kilman haría lo que fuese por los rusos y se dejaría morir de hambre por los austriacos, pero en privado era tan insensible que, vestida con su impermeable verde, torturaba sin piedad a quienes la rodeaban. Un año tras otro llevaba aquel impermeable verde; siempre sudaba; no estaba ni cinco minutos en una habitación sin hacerte sentir su superioridad y tu inferioridad; qué pobre era ella y qué rica eras tú; cómo vivía en un cuchitril sin cojines ni cama, sin alfombra ni nada de nada, con el espíritu roído por aquel agravio que llevaba clavado en su interior, la expulsión de la escuela durante la guerra; ¡pobre criatura desafortunada y amargada! Porque el objeto de abominación no era ella, sino la idea de ella, una idea que indudablemente reunía muchas cosas que no eran la señorita Kilman; que se había convertido en uno de esos espectros con los que se lucha por la noche; uno de esos espectros que se levantan, se ponen a horcajadas sobre nosotros y nos chupan la sangre, dominadores y tiranos; porque no hay duda de que si el resultado de la tirada de dados hubiera sido diferente, si el negro hubiese predominado sobre el blanco, ¡ella habría querido a la señorita Kilman! Pero no en este mundo. No.

La consumía, sin embargo, ¡sentir en su interior a aquel monstruo brutal!, sentir que las ramas crujían y notar las garras clavadas en las profundidades de aquel bosque cubierto de hojas que era el alma; no encontrarse nunca del todo satisfecha ni del todo segura, porque en cualquier momento

la bestia podía revolverse, este odio que, sobre todo desde que había estado enferma, tenía el poder de hacerla sentir arañada, herida en el espinazo; que le provocaba dolor físico y hacía que todo el placer por la belleza, la amistad y el bienestar, por sentirse querida y por convertir su casa en un refugio delicioso, temblase y se doblase como si realmente hubiese un monstruo escarbando en las raíces, ¡como si toda esta serie de satisfacciones no fuesen sino monstruos de egoísmo!, ¡oh, este odio!

«¡Ridículo, ridículo!», se decía empujando las puertas oscilatorias de la floristería Mulberry's.

Avanzaba a paso ligero, alta como era, muy recta, y enseñada la saludó la señorita Pym, con su carita redonda y las manos siempre rojas, como si las hubiese tenido metidas en agua fría con las flores.

Qué cantidad de flores había: espuelas de caballero, guisantes de olor, ramos de lilas y claveles, puñados de claveles. Había rosas y azucenas. Ah, sí... olía el aroma dulce del jardín terrenal mientras hablaba con la señorita Pym, que le estaba agradecida y que la consideraba amable, porque lo había sido hacía ya años; muy amable, pero parecía mayor, este año, volviendo la cabeza de un lado a otro entre las azucenas y las rosas y señalando los manojos de lilas con los ojos entornados, oliendo, después del ruido de la calle, el delicioso aroma, el frescor exquisito. Y, después, abriendo los ojos, qué frescas le parecían las rosas, como ropa bien doblada en las cestas de mimbre recién llegadas de la lavandería; y qué oscuros y primorosos los claveles rojos con la cabeza bien alta; y todos los guisantes de olor desparramados por sus cuencos, teñidos de violeta, blancos como la nieve, pálidos, como si ya fuese el atardecer y las chicas con vestidos de muselina saliesen a recoger guisantes de olor y rosas una vez terminado el magnífico día de verano con su cielo de un azul prácticamente oscuro, las espuelas de caballero,

los claveles y las azucenas de colores; y era el momento entre las seis y las siete en que todas las flores –rosas, claveles, azucenas, lilas– resplandecen; parecen iluminarse con una luz propia, delicada y pura, en los neblinosos parterres; ¡y cómo le gustaban las mariposas nocturnas blancas y grises que caracoleaban sobre los heliotropos, sobre los dondiegos de noche!

Y mientras recorría la floristería de la señorita Pym de jarrón en jarrón, escogiendo, ridículo, ridículo, se decía, cada vez con más suavidad, como si toda esta belleza, este olor, este color, y la cordialidad y la confianza de la señorita Pym fuesen una ola que ella dejaba que la invadiese para superar aquel odio, aquel monstruo, para superarlo todo; y la ola se elevaba hacia arriba, más arriba, cuando... ¡oh, un disparo de pistola en la calle!

–Dios mío, estos automóviles –dijo la señorita Pym corriendo al escaparate para ver qué pasaba y volviendo con una sonrisa de disculpa y las manos llenas de guisantes de olor, como si aquellos automóviles, aquellos neumáticos de los automóviles, fuesen culpa suya.

La violenta explosión que hizo que la señora Dalloway se sobresaltase y que la señorita Pym corriera hacia el escaparate y se disculpara provenía de un automóvil que se había detenido justo en la acera de delante de la floristería de Mulberry's. Los peatones, que, como es evidente, se detenían a mirar, tuvieron el tiempo justo de ver la cara de alguien muy importante sobre el tapizado gris oscuro, antes de que una mano masculina corriera la cortina y no pudiese verse otra cosa que un cuadrado gris oscuro.

Sin embargo, enseguida empezaron a circular rumores desde la mitad de Bond Street hacia Oxford Street por un lado y hasta la perfumería de Atkinson's por el otro, invisibles, inaudibles, como una nube, veloces, como un velo

sobre las colinas, cayendo ciertamente con la repentina sobriedad y la calma de una nube sobre las caras que un segundo antes estaban profundamente alteradas. Pero ahora las había acariciado el ala del misterio; habían oído la voz de la autoridad; el espíritu de la religión flotaba en el aire con los ojos vendados y los labios entreabiertos. Pero nadie sabía de quién era el rostro que habían visto. ¿Era el príncipe de Gales, la reina, el primer ministro? ¿A quién pertenecía aquel rostro? Nadie lo sabía.

Edgar J. Watkiss, con un rollo de plomo alrededor del brazo, dijo en voz alta y con aire claramente cómico:

—El coche del primer ministro.

Septimus Warren Smith, que, obstruido su paso, no pudo seguir caminando, lo oyó.

Septimus Warren Smith, de unos treinta años, cara pálida y nariz aguileña, zapatos marrones y un abrigo viejo, con una expresión de inquietud en los ojos castaños que se transmitía también a los desconocidos. El mundo ha alzado el látigo; ¿dónde golpeará?

Todo se había detenido. La vibración de los motores sonaba como un latido irregular que recorre un cuerpo de arriba abajo. El sol calentaba con una intensidad extraordinaria porque el automóvil se había detenido frente al escaparate de Mulberry's; en el imperial de los ómnibus las mujeres mayores despleaban sus paraguas negros; uno verde aquí, otro rojo allá se abrían con un pequeño chasquido. La señora Dalloway, con los brazos llenos de guisantes de olor, se acercó al escaparate y miró hacia fuera con una expresión de curiosidad en la cara fruncida de color de rosa. Todo el mundo miraba el automóvil. Septimus también. Los niños saltaban de las bicicletas. El tráfico se acumulaba. Y el automóvil continuaba allí, con las cortinas corridas, y en ellas un curioso dibujo en forma de árbol, pensaba Septimus, y esta atracción gradual de todo hacia un punto central ante

sus ojos, como si algo espantoso hubiera llegado prácticamente a la superficie y estuviese a punto de estallar, lo aterrizzaba. El mundo temblaba, se estremecía y amenazaba con inflamarse. Soy yo quien obstruye el paso, pensó. No lo miraban ni señalaban; ¿no estaba allí clavado, arraigado en la acera, por algún motivo? Pero ¿cuál era el motivo?

–Vamos, Septimus –dijo su mujer, una italiana pequeña de ojos grandes en una cara afilada y amarillenta.

Pero Lucrezia no dejaba de mirar el automóvil y el dibujo del árbol en las cortinitas. ¿Era la reina quien iba dentro... la reina, que había salido de compras?

El chófer, después de abrir algo, de girar algo, de cerrar algo, volvió a su sitio.

–Vamos –dijo Lucrezia.

Pero su marido, pues hacía cuatro o cinco años que se habían casado, dio un brinco, alarmado, y replicó enojado: «¡Muy bien!», como si le hubiera interrumpido.

Seguro que la gente se da cuenta; seguro que lo ve. La gente, pensaba la mujer mirando la multitud que contemplaba el automóvil; los ingleses, con sus hijos, sus caballos y su ropa, a quienes de hecho ella admiraba, pero ahora no eran sino «gente», porque Septimus había dicho: «Me mataré», algo horrible de decir. ¿Y si lo habían oído? Ella miraba a la multitud. ¡Ayuda, ayuda!, quería gritarles a las mujeres y a los chicos de la carnicería. ¡Ayuda! No hacía mucho, el pasado otoño, Septimus y ella estaban en el Embankment, envueltos en el mismo abrigo, y como él, en vez de hablar, se puso a leer el periódico, ¡ella se lo arrancó de las manos y estalló en carcajadas ante la cara de un viejo que los miraba! Pero todo el mundo intenta esconder los fracasos. Tenía que llevárselo a algún parque.

–Ahora vamos a cruzar –dijo ella.

Tenía derecho a ir agarrada de su brazo, pero lo hacía sin sentimiento alguno. Él no le daba a ella, a una chica sencilla

e impulsiva, de tan solo veinticuatro años y sin amigos en Inglaterra, que había dejado Italia por él, más que un simple hueso.

El automóvil, con las cortinillas corridas y un aire de reserva inescrutable, continuó camino de Piccadilly, todavía observado, todavía despertando la curiosidad de los rostros a uno y otro lado de la calle con el mismo aliento oscuro de veneración, aunque nadie supiera si este se debía a la reina, al príncipe o al primer ministro. Solo tres personas habían visto la cara unos segundos. Incluso el sexo era objeto de discusión. Pero no había duda de que dentro viajaba una eminencia; una eminencia que, oculta, avanzaba por Bond Street, separada por el largo de un brazo de la gente normal y corriente que tal vez por primera y última vez se encontraban a una distancia desde la cual podían hablar con la majestad de Inglaterra, lo bastante cerca del símbolo perdurable del Estado que reconocerán curiosos anticuarios que algún día hurguen en las ruinas del tiempo cuando Londres sea un camino tapizado de césped y todos aquellos que este miércoles por la mañana se apresuran por la acera no sean sino huesos con unos cuantos anillos de bodas mezclados entre el polvo y empastes de oro de innumerables muelas cariadas. Entonces se sabrá de quién era el rostro que iba en el automóvil.

Seguramente es la reina, pensaba la señora Dalloway cuando salía de Mulberry's con las flores, la reina. Y durante un segundo asumió un porte de dignidad extrema, plantada junto a la floristería bajo la luz del sol mientras el coche circulaba a ritmo de paseo con las cortinas corridas. La reina camino del hospital; la reina que se dirige a la inauguración de un feria de beneficencia, pensó Clarissa.

La aglomeración era horrible para ser la hora que era. Lord's, Ascot, Hurlingham, ¿cuál debía de ser la causa?, se preguntaba, porque la calle estaba bloqueada. Las clases

medias británicas, sentadas de costado en el imperial del ómnibus con paquetes y paraguas, y sí, incluso pieles en un día como este, parecían más ridículas, más impropias, que nada que hubiera existido nunca, que nada que pudiese concebirse; y la mismísima reina detenida; ni siquiera la reina podía pasar. Clarissa estaba parada en uno de los lados de Brook Street; sir John Buckhurst, el viejo juez, en el otro, con el coche entre ambos (sir John, que ya hacía años que dictaba sentencias y que admiraba a una mujer bien vestida), cuando el chófer, inclinándose muy ligeramente, dijo o enseñó algo al policía, que lo saludó, levantó el brazo y con un movimiento de la cabeza hizo que el ómnibus se apartase para dejar pasar al automóvil, que, poco a poco y muy silenciosamente, siguió su camino.

Clarissa lo adivinaba; naturalmente, Clarissa lo sabía; había visto algo blanco, mágico, circular, en la mano del chófer, un disco con un nombre inscrito –¿el de la reina, el del príncipe de Gales, el del primer ministro?– que, con el poder de su grandeza, se había abierto camino (Clarissa veía cómo el coche iba empequeñeciéndose y al final desaparecía) hacia el palacio de Buckingham, donde esta noche, entre candelabros, estrellas refulgentes y pecheras rígidas de condecoraciones, se reunirían Hugh Whitbread y todos sus colegas, los caballeros de Inglaterra. Y Clarissa también daba una fiesta. Se puso un poco rígida: así estaría plantada en lo alto de la escalera.

El automóvil había desaparecido, pero había dejado a su espalda un surco suave que recorría las guanterías, las sombrererías y las sastrerías de ambos lados de Bond Street. Durante treinta segundos, todas las cabezas se volvieron en la misma dirección: hacia el escaparate. Mientras escogían un par de guantes –¿debían llegar hasta el codo o más arriba?, ¿de color limón o gris claro?–, las mujeres hicieron una pausa; al acabar la frase, algo había pasado. Algo tan

poco palpable que ningún instrumento matemático, por capaz que fuera de transmitir un seísmo en China, habría registrado la vibración pese a ser formidable en su conjunto y emotiva en el efecto general; porque en todas las sombrererías y sastrerías, los desconocidos se miraban los unos a los otros y pensaban en los muertos, en la bandera, en el imperio. En una taberna de una calle lateral, alguien de las colonias injurió a la Casa de Windsor, y eso provocó insultos, rotura de vasos de cerveza y una conmoción general que resonó de manera extraña en el otro lado a oídos de las chicas que compraban para su boda ropa interior blanca adornada con cintas también blancas. Porque la agitación superficial provocada por el paso del automóvil, al sumergirse, había tocado algo muy hondo.

Deslizándose a través de Piccadilly, el automóvil giró por Saint James's Street. Hombres altos, hombres robustos, hombres vestidos con frac y pechera blanca y los cabellos peinados hacia atrás, que, por razones difíciles de discernir, se encontraban en el mirador de White's con las manos detrás de los faldones del chaqué, mirando hacia la calle, percibían instintivamente el paso de una persona eminente y la pálida luz de la presencia inmortal que descendía por encima de ellos como lo había hecho sobre Clarissa Dalloway. De golpe se estiraron aún más, desplegaron las manos y pareció que estaban dispuestos a servir a su soberana, hasta la boca del cañón si era necesario, como ya habían hecho sus antepasados. Parecía que los bustos blancos y las mesitas del fondo, llenas de botellas de soda y de ejemplares del *Tatler*, lo aprobaban; parecía que evocaban el tembloroso trigo y las casas de campo de Inglaterra; y devolvían el frágil fragor de las ruedas del automóvil como las paredes de una galería llena de murmullos devuelven el eco de una sola voz ampliada y sonora con la potencia de una catedral. Moll Pratt, envuelta en un chal y cargada de flores

en la acera, deseó lo mejor al estimado muchacho (seguro que era el príncipe de Gales) y habría lanzado el precio de una jarra de cerveza –un ramillete de rosas– a Saint James's Street por puro júbilo y por menosprecio de la pobreza si no hubiera visto que el policía no le quitaba el ojo y desalentaba la lealtad de una vieja irlandesa. Los guardias del palacio de Saint James saludaron; el policía de la reina Alejandra dio su aprobación.

Mientras tanto, se había reunido una pequeña multitud a las puertas del palacio de Buckingham. Apáticos pero confiados, pobres todos ellos, esperaban; contemplaban el palacio con la bandera ondeante y la estatua de la Victoria en lo alto de su montículo, del que admiraban las cascadas y los geranios; seleccionaban entre los automóviles del Mall primero este, luego aquel, y se emocionaban por error, porque resultaba que eran personas normales y corrientes que simplemente habían salido a dar una vuelta; después recuperaban su ánimo de homenaje y lo conservaban intacto mientras pasaba este automóvil y aquel otro, y durante todo el rato el rumor iba acumulándoseles en las venas y les pellizcaba las extremidades solo de pensar en que la realeza podía mirarlos, en que la reina podía inclinar la cabeza, en que el príncipe los saludaría; solo de pensar en la vida celestial otorgada a los soberanos por voluntad divina; en las caballerizas y en las grandes reverencias; en la vieja de casa de muñecas de la reina; en la princesa María, casada con un inglés, y en el príncipe –¡ah, el príncipe!–, del que decían que se parecía tanto al rey Eduardo, aunque era mucho más delgado. El príncipe vivía en Saint James, pero tal vez venía por la mañana a palacio a ver a su madre.

Eso decía Sarah Bletchley con su bebé en brazos, moviendo el pie como si se encontrase delante de la chimenea de su casa en Pimlico, pero sin apartar los ojos del Mall, mientras

Emily Coates observaba las ventanas del palacio y pensaba en las criadas, las innumerables criadas, las habitaciones, las innumerables habitaciones. El grupo de gente, al cual se habían incorporado un anciano con un terrier escocés y hombres sin oficio ni beneficio, iba creciendo. El pequeño señor Bowley, que se alojaba en el Albany y que tenía lacradas con cera las fuentes de vida más profundas, pero que podían abrirse repentina, inadecuada, sentimentalmente, ante cosas de este tenor –mujeres pobres esperando ver pasar a la reina, mujeres pobres, niños pequeños monísimos, huérfanos, viudas, la guerra–, ay, ay, ya tenía los ojos llorosos. Una brisa cálida que soplaba por el Mall entre los árboles macilentos, por delante de los héroes de bronce, hizo ondear la bandera en el pecho británico del señor Bowley, que se descubrió la cabeza cuando el automóvil enfilaba el Mall y mantuvo levantado el sombrero mientras este se acercaba; y, con el cuerpo bien estirado, dejaba que las pobres madres de Pimlico se le arrimasen. El automóvil se aproximaba.

De repente, la señora Coates miró al cielo. El sonido de un aeroplano perforaba ominosamente los oídos de la multitud. El aeroplano aparecía por encima de los árboles y dejaba un rastro de humo blanco que se rizaba y se enroscaba, ¡escribiendo algo!, ¡dibujando letras en el cielo! Todo el mundo miraba hacia arriba.

El aeroplano cayó en picado repentinamente y remontó el vuelo, hizo una pirueta, aceleró, bajó, volvió a remontar el vuelo, e hiciese lo que hiciese, fuese adonde fuese, a su paso aleteaba un grueso chorro ondulante de humo blanco que se rizaba y formaba guirnaldas en el cielo con letras. Pero ¿qué letras? Una C, ¿no?, ¿una E y después una L? Solo por un momento se mantenían quietas; después se movían, se fundían y se borraban, el aeroplano se alejaba

y, en una nueva porción de cielo, empezaba a escribir una K, una E, ¿tal vez una F?

—Glaxo —dijo la señora Coates con una voz tensa y espantada, con la vista hacia arriba, y su bebé, rígido y pálido en sus brazos, también miró.

—Kreemo —murmuró la señora Bletchley, como sonámbula.

Con el sombrero en la mano totalmente quieto, el señor Bowley observaba el cielo. A todo lo largo del Mall, la gente miraba hacia arriba. Mientras lo hacían, el silencio del mundo llegó a ser perfecto y una bandada de gaviotas atravesó el cielo, primero una gaviota al frente, después otra, y en este silencio y paz extraordinarios, en esta palidez, en esta pureza, se oyeron once campanadas y el sonido se alejó apagándose en la distancia entre las gaviotas.

El aeroplano giraba, aceleraba y remontaba el vuelo exactamente allí donde quería, rápido, libre, como si fuese un patinador.

—Eso es una E —decía la señora Bletchley...

... o una bailarina...

—Es tofe —murmuró el señor Bowley.

... (y el automóvil atravesó las puertas y nadie lo vio), y atravesando el humo el aeroplano se alejaba, allá, allá, y el humo se iba disipando hasta mezclarse con las amplias formas blancas de las nubes.

Se había ido; estaba detrás de las nubes. No se oía ningún ruido. Las nubes entre las cuales se habían perdido las letras E, G o L se movían con libertad, como destinadas a atravesar de oeste a este en una misión de la mayor importancia que nunca se revelaría, pero que ciertamente lo era: una misión de la mayor importancia. Entonces, de repente, como un tren que sale de un túnel, el aeroplano volvió a emerger de las nubes, resonando en los oídos de toda la gente que se encontraba en el Mall, en Green Park, en Piccadilly, en Regent Street y en Regent's Park, con el rastro de humo

ondeando a su espalda, y bajó y volvió a remontar el vuelo para escribir una letra tras otra..., pero ¿qué palabra estaba escribiendo?

Lucrezia Warren Smith, sentada junto a su marido en un banco del gran paseo de Regent's Park, levantó la vista.

—¡Mira, mira, Septimus! —gritó. El doctor Holmes le había dicho que procurase que su marido (que no tenía ninguna afección grave sino un cierto desánimo) se interesara por cosas que pasaban fuera de sí mismo.

Y he aquí, pensó Septimus levantando la cabeza, que me están haciendo señales. No con palabras auténticas, claro; es decir, todavía no podía entender el lenguaje, pero era bastante evidente, esa belleza, esa belleza exquisita, y se le empañaron los ojos de lágrimas mientras miraba las palabras de humo que se adelgazaban y se fundían en el cielo y le concedían, con su inextinguible caridad y su bondad risueña, una forma tras otra de belleza inimaginable y le indicaban su intención de proporcionarle, a cambio de nada, para siempre jamás, solo por mirarla, belleza, ¡más belleza! Las lágrimas le caían a chorros por el rostro.

La palabra era «tofe»; un anuncio de caramelos, le dijo una niñera a Rezia. Comenzaron a deletrearla: t... o... f...

—K... R... —dijo la niñera, y Septimus notó que le decía «ka erre» al oído, con una voz grave, delicada, como un órgano suave, pero con un chirrido como de langosta que le estremeció de manera deliciosa el espinazo y le envió unas ondas de sonido al cerebro que, al topar con él, se rompían. Un descubrimiento maravilloso, ciertamente: ¡la voz humana, en determinadas condiciones atmosféricas (porque tiene que ser algo científico, por encima de todo tiene que ser científico) puede dotar de vida a los árboles! Por fortuna, Rezia le puso la mano en la rodilla con tanta fuerza que lo mantenía inmovilizado, transfigurado, si no, la agitación de los olmos que se elevaban y descendían, se

elevaban y descendían con todas las hojas encendidas y el color cada vez más tenue, o más denso, pasando del azul al verde de la ola ahuecada, como penachos en la cabeza de los caballos, plumas en la cabeza de las damas, se elevaban y descendían tan orgullosamente, tan soberbiamente, que le habrían vuelto loco. Pero no se volvería loco. Cerraría los ojos y no vería nada más.

Pero le hacían señales; las hojas estaban vivas; los árboles estaban vivos. Y las hojas, que estaban conectadas por millones de fibras con su cuerpo, allá sentado en el banco, lo abanicaban una y otra vez; cuando la rama se estiraba, él también lo hacía. Los gorriones que aleteaban, echaban a volar y caían como surtidores formaban parte del conjunto; el blanco y el azul se veían interrumpidos por las ramas negras. Los sonidos formaban armonías premeditadas y los espacios de silencio entre ellos eran tan significativos como los propios sonidos. Un niño lloraba. Justamente en la lejanía se oyó un claxon. Todo indicaba el nacimiento de una nueva religión...

—¡Septimus! —dijo Rezia. Él tuvo un escalofrío. Seguro que la gente se daba cuenta—. Voy hasta la fuente y vuelvo.

Porque no podía soportarlo más. Ya podía seguir diciendo el doctor Holmes que aquello no era nada. Habría preferido que estuviese muerto. No podía quedarse sentada a su lado cuando él tenía la mirada fija de aquella manera sin verla y lo volvía todo espantoso, el cielo y el árbol, los niños que jugaban arrastrando sus cochecitos, haciendo sonar un silbato, cayéndose al suelo: todo era horrible. Él no se mataría y ella no podía hablar de aquello con nadie. «Últimamente, Septimus ha trabajado demasiado» era lo único que podía decirle a su madre. Amar nos condena a la soledad, pensó. No podía hablar de aquello con nadie, ni siquiera con él, y al volver la cabeza lo vio sentado solo en el banco, con su abrigo raído, encorvado, con la mirada fija. Y era propio

de cobardes decir que se mataría, pero Septimus había luchado, era valiente, pero ya no era Septimus. Ella se ponía el cuello de encajes, el sombrero nuevo, y él ni siquiera se daba cuenta; era feliz sin ella. En cambio, a ella ¡nada podía hacerla feliz sin él! ¡Nada! Era un egoísta. Como todos los hombres. Porque no estaba enfermo. El doctor Holmes decía que no tenía nada. Estiró el brazo para mirarse la mano. ¡Mira! La alianza de boda le bailaba en el dedo..., ¡había adelgazado tanto! Era ella quien sufría, pero no tenía a nadie a quien contárselo.

Lejos quedaban Italia, las casas blancas y la habitación donde su hermana se dedicaba a confeccionar sombreros, y las calles llenas de hombres y mujeres paseando cada noche, que reían en voz alta, ¡no medio muerta como la gente de aquí, acurrucada en sus sillas de ruedas, mirando unas pocas flores horribles plantadas en macetas!

—Porque tendrías que ver los jardines de Milán —dijo en voz alta. Pero ¿a quién?

No había nadie. Sus palabras se desvanecieron. Como se desvanece un cohete. Las chispas, después de haber trazado su camino, se rinden a la noche, cae la oscuridad y se derrama sobre los perfiles de las casas y las torres; las inhóspitas laderas de las colinas se borran y desaparecen. Pero, aunque hayan desaparecido, la noche está llena de ellas; desprovistas de color, sin ventanas, existen con más fuerza, revelan aquello que la luz del día no consigue transmitir: el ansia y la incerteza de las cosas acumuladas en la oscuridad, acurrucadas en la oscuridad; privadas del alivio que aporta el alba cuando, bañando las paredes de blanco y de gris, dotando de relieve a cada ventana, elevando la niebla de los campos, mostrando a las vacas rojizas que pastan, todo queda una vez más a la vista, todo vuelve a existir. Estoy sola; ¡estoy sola!, gritaba Rezia muy cerca de la fuente de Regent's Park (contemplando la estatua del indio con la

cruz), en una oscuridad como tal vez la de medianoche, cuando desaparecen todos los límites, el país recupera su forma antigua, neblinosa, tal como lo vieron los romanos al llegar, y las colinas carecían de nombre y los ríos corrían sin saber hacia dónde: así era su oscuridad; cuando, de repente, como si le hubieran acercado una tarima y se hubiese subido a ella, proclamó que era su esposa, casada hacía años en Milán, su esposa, ¡que nunca jamás diría que él estaba loco! Cuando se dio la vuelta, la tarima volcó y ella se cayó; hacia abajo, abajo del todo. Porque pensó que él se había ido —que se había ido para cumplir su amenaza de matarse— ¡para tirarse debajo de un carro! Pero no, estaba allí, sentado aún, solo en el banco, con el abrigo raído, las piernas cruzadas, la mirada fija, hablando en voz alta.

Los hombres no deben talar árboles. Hay un Dios. (Anotaba este tipo de revelaciones en el dorso de los sobres). Cambiar el mundo. Nadie mata por odio. Hacerlo saber (escribió). Esperaba. Escuchaba. Un gorrión subido a la verja de delante pio cuatro o cinco veces Septimus, Septimus, y después, sosteniendo cada nota una a una, continuó con un tono vivo y ensordecedor cantando en griego que el crimen no existe y, acompañado de otro gorrión, con notas sostenidas y estridentes, en griego, desde los árboles del prado de la vida más allá de un río donde caminan los muertos, cantaban que la muerte no existe.

Allí estaba su mano; allá los muertos. Tras la verja delantera iban acumulándose cosas blancas. Pero no se atrevía a mirar. ¡Tras la verja estaba Evans!

—¿Qué dices? —dijo de repente Rezia sentándose a su lado.

¡Otra vez interrumpido! Siempre lo interrumpía.

Lejos de la gente..., debían alejarse de la gente, dijo él (con un brinco), hacia allí, donde había sillas bajo un árbol y la larga pendiente del parque descendía como un trozo de tela verde bajo un techo muy alto de tela azul y humo rosa,

y donde había una muralla de casas lejanas irregulares, neblinosa por el humo, donde la circulación zumbaba sin fin y, a la derecha, unos animales de color terroso que estiraban los largos cuellos sobre las verjas del zoo ladraban, aullaban. Allí fueron a sentarse, bajo un árbol.

—Mira —le imploró ella señalando un grupito de chicos que portaban palos de críquet, y uno arrastraba los pies, giraba sobre sus talones y volvía a arrastrar los pies, como si imitase a un payaso de *music-hall*—. Mira —le imploró, porque el doctor Holmes le había dicho que hiciese que se diera cuenta de cosas reales, que fuesen al *music-hall*, a jugar al críquet: ese era el juego ideal, decía el doctor Holmes, un juego agradable al aire libre, ideal para su marido—. Mira —repitió.

Mira, le ordenaba lo invisible, la voz que ahora se comunicaba con él, que era el mayor de los humanos, Septimus, recientemente usurpado de la muerte por la vida, el Señor que había llegado para renovar la sociedad, que yacía extendido como una colcha, una sábana de nieve solo herida por el sol, siempre indestructible, sufriendo para siempre, el chivo expiatorio, la eterna víctima, pero él no quería, gemía, alejando con un gesto de la mano aquel sufrimiento eterno, aquella soledad eterna.

—Mira —repitió ella, porque no debía dejarlo hablar solo en voz alta fuera de casa—. Mira, te lo ruego —le imploró. Pero ¿qué tenía que mirar? Unas cuantas ovejas. Eso era todo.

Maisie Johnson quería saber el camino a la estación de metro de Regent's Park: ¿podían indicarle cómo se llegaba a la estación de metro de Regent's Park? Hacía solo dos días que había llegado de Edimburgo.

—Por aquí no..., ¡por allí! —exclamó Rezia empujándola hacia un lado para impedir que viera a Septimus.

Qué pareja más rara, pensó Maisie Johnson. Todo parecía

muy raro. Había venido a Londres por primera vez, a trabajar a casa de un tío en Leadenhall Street, y ahora, cuando atravesaba Regent's Park por la mañana, esa pareja de las sillas la había espantado; la mujer parecía extranjera, el hombre tenía un aspecto raro; hasta tal punto que cuando fuese muy vieja, seguiría acordándose, como un recuerdo discordante, de la mañana de verano de hacía cincuenta años en la que había cruzado Regent's Park. Porque solo tenía diecinueve años y por fin había conseguido llegar a Londres; y ahora, qué extraño era todo, aquella pareja a la que le había preguntado el camino, y la chica se había sobresaltado y había hecho un movimiento brusco con la mano, y el hombre –parecía terriblemente anómalo–; tal vez discutían por algo; tal vez estaban a punto de separarse para siempre; les pasaba algo, eso era evidente; y ahora toda aquella gente (porque volvió al gran paseo), los estanques de piedra, las flores bien alineadas, hombres y mujeres viejos, la mayoría inválidos en sillas de ruedas...; ¡todos, para alguien venido de Edimburgo, parecían tan extraños! Y Maisie Johnson, uniéndose a aquella compañía que avanzaba poco a poco acariciada por la brisa y con la mirada perdida –con las ardillas acicalándose sobre las ramas, los gorriones revoloteando en busca de migas de pan, los perros olfateando las verjas y jugando entre ellos, mientras el aire suave y cálido los bañaba y daba un aspecto fantasioso y sosegado a la mirada inalterable con la que recibían el don de la vida–, Maisie Johnson sentía claramente que tenía que exclamar ¡Oh! (Porque aquel joven sentado la había conmovido. Pasaba algo, estaba segura).

¡Qué horror! ¡Qué horror!, habría querido gritar Rezia. (Había dejado a su familia; le habían advertido de lo que podía pasar).

¿Por qué no se había quedado en casa?, lloraba moviendo el pomo de la verja de hierro.